

CAPITULO V.

De cómo fué la primera entrevista de doña Ana de Austria y Gabriel de Espinosa.

I.

En una sala estensa, que por su riqueza y por su lujo podia llamarse cámara, cuyos balcones entornados á causa del calor y cubiertos á más con cortinas apenas dejaban paso á una media luz, sentada en un ancho camapé, con un breviario abierto y abandonado en el camapé junto á ella, habia una dama á quien ya conocemos.

Era doña Ana de Austria.

Fuera porque allí no la veia nadie, fuera porque se creia autorizada para hacerlo, doña Ana de Austria nada tenia sobre sí en su traje que revelase era monja, ni del mismo modo tenian nada de conventual las dos hermanas doña Luisa de Grado y doña María Nieto.

Consistia esto, en que doña Ana de Austria espera-

ba de un momento á otro al pastelero de Madrigal y á fray Miguel de los Santos.

Doña Ana de Austria y sus dos damas, más bien que sus dos monjas, estaban ocupadas en una conversacion que debia ser muy grata para doña Ana, porque hablaba sobreescitada y con sumo calor, y por la conversacion se comprendia que las dos jóvenes conocian completamente los secretos de su señora.

—Tengo miedo, decia doña Ana; es necesario estar ciegos para no conocer al verle la gran persona que es. ¿Te acuerdas, Luisa, con qué majestad hablaba esta mañana con el alcalde, y con cuánta altivez, en medio de su gran mesura.

—Sí, sí, señora, me acuerdo bien, aunque no veia claro por el gran susto que tenia, porque lo que habia pasado no era para menos; yo creí que habia llegado el fin del mundo.

—Pues yo bien vi, aunque no estaba ménos asustada que tú, hermana, dijo María Nieto, que aquel señor era muy gentil-hombre, y que á pesar de no ser mozo, tenia muy buen semblante y muy buena apostura.

—Dios me le saque con bien, y que yo le vea donde deseo; que entonces, queridas mías, no viviremos en un convento, ni estaremos sepultadas en una miserable villa.

—Nosotras, señora, dijo tristemente María, habremos de quedarnos aquí tristes y desesperadas; porque aunque el Papa anule vuestros votos, por las graves razones

que Su Santidad tiene para ello, no anulará nuestros votos, y nos quedaremos llorando vuestra ausencia entre las tristes paredes de este convento.

—Cuando yo sea reina de Portugal, el Papa Clemente VIII no me negará lo que yo le pida, y vivireis á mi lado, en mi cámara, como vivís ahora.

—¡Ah, señora, y cuán buena sois!

—Pero es necesario que seáis muy prudentes para que guardéis en vuestro pecho como en una tumba el secreto que os he confiado; porque en ello va más de lo que parece, y si sucediera una desgracia, esa desgracia os alcanzaria tambien á vosotras. Figuráos lo hermoso que será para vosotras, á quienes vuestros padres han sacrificado, vivir en el mundo, gozar de las fiestas y de los saraos, de una córte espléndida, escuchar á lo lejos á la media noche la campana de algun convento que toca á maitines, sin que tengais que abandonar el lecho ó las fiestas para acudir al coro, no oír nunca las severas palabras de una abadesa fea y vieja, sino la amistosa conversacion de una reina jóven, recordad como un sueño el convento, y tened el corazon abierto á la luz y á la vida.

—¡Ah, sí! eso debe ser muy hermoso, dijo doña Luisa de Grado suspirando.

—Eso será, y no tardará mucho tiempo; pero me está acabando la impaciencia: ¿díste á Cacabelos la carta que te dí para que la llevase á fray Miguel, María?

—¡Ah! sí, señora; hace dos horas largas.

—¿Y por qué no habrá venido ya fray Miguel? Esto me tiene con un cuidado mortal; yo no sé por qué, no

se me quita de la memoria ese don Rodrigo de Santillana.

—Vaya un alcalde tieso y feo, dijo Luisa; no parece sino que tiene en el cuerpo la autoridad de todos los reyes del mundo, segun se muestra de grave en el semblante, y de campanudo y severo en sus palabras.

—Es que es alcalde de casa y córte, Luisa, dijo María, y afirman que los estudiantes y los vecinos le tienen gastada al buen señor la paciencia.

—No hay alcalde de casa y córte, que porque manda en nombre del rey, no se tenga en tanto como el rey, ni hay paciencia que baste para sufrir á estos tales golillas, dijo doña Ana; pero guardésemi el señor don Rodrigo de meterse ni por asomo en lo que á mí me importe, porque con una media carta mia á mi tío el rey don Felipe, se le cae la vara de las manos, y de tal modo que no la vuelve á coger.

—Pues bueno seria quitar de enmedio á ese cuervo, dijo María; que maldito si yo me fio de lo bueno que el tal señor haga.

—No seria prudente estando en el pueblo una persona tal como don Sebastian, irse al rey con quejas del alcalde, no fuera que el rey diera en sospechar, y mandase averiguar y descubriese lo que una vez visto causaria desgracias irreparables; es necesario usar de mucha discrecion y tener mucha prudencia, que el negocio en que nos encontramos no es para ménos, y pedid á Dios que no se tuerza y tenga una desdichada salida. ¡Pero cuánto tarda fray Miguel! Vé, María, vé, no sea que Cacabelos haya hecho una de las suyas, y como hace

tanto calor, haya dejado para la tarde el llevar la carta, y esté dulcemente durmiendo al fresco.

—Yo le encargué que la llevase al momento, señora se lo encargué con mucho encarecimiento. Voy al momento á ver lo que haya.

Y María salió.

—Yo no sé por qué á mí tambien, señora, dijo Luisa, me causa terror ese don Rodrigo de Santillana; tres noches seguidas he soñado que me agarraba y ponía en el tormento.

—¡Jesús! No digas eso por Dios, Luisa; me das espanto, dijo doña Ana, poniéndose pálida como un cadáver.

—Será aprehension, señora; como os habeis metido en una tan grande empresa, y tan dura y tan peligrosa, nada tiene de extraño que el miedo me haya hecho ver visiones negras.

—Por lo mismo, Luisa, es necesario tener mucho valor y mucha prudencia; no se llega al logro de una grande empresa, sin haber dominado el temor, sin haber sufrido, sin haber luchado; sé valiente, Luisa mia, y cuando hayamos vencido, tendrás tanta más alegría y tanto más orgullo, cuanto más fuerte hayas sido en la lucha.

—¡Ah, señora! Nada temais de mí ni de mi hermana María, que venimos de nobles abuelos; y aunque mujeres, no mancharemos la buena fama que ha ganado su noble sangre; pero acá dentro hay un poco de miedo, añadió sonriendo la jóven, y un poco de miedo es muy bueno; porque el miedo, cuando es poco, hace muy prudente á las personas.

—Pues es necesario, Luisa, de todo punto necesario prudencia y valor.

III.

—Ya está aquí el buen fray Miguel de los Santos, y viene con él el honrado Gabriel de Espinosa, dijo entrando María.

Inmediatamente trás la jóven entraron el agustino y Gabriel.

Doña Ana, que al oír la voz de María habia fijado la vista en la puerta, al ver á fray Miguel y á Espinosa, cambió de color, y se puso sucesivamente y con una misma intensidad, pálida y encendida.

—Dejadnos solos, dijo con voz apagada á las dos jóvenes que salieron, y continuó mirando de una manera intensa á Gabriel de Espinosa, que algo avanzado á fray Miguel de los Santos, adelantaba hácia doña Ana con una dignidad, una soltura y una gallardía que enamoraban á la monja.

IV.

Por algún tiempo nada dijeron ninguno de los tres personajes: ni doña Ana, ni Gabriel, ni fray Miguel.

Al fin, Gabriel de Espinosa sacó un pliego envuelto en un paño de seda, le desenvolvió, le besó sobre el sello, que era el sello pontificio, se acercó más á doña Ana, y la dijo, entregándola el pliego:

—Antes de que hablemos una sola palabra, señora,

acerca de nosotros, ved lo que para vos me ha entregado nuestro Santísimo Padre Clemente VIII.

Doña Ana, que tenía los ojos fijos en el suelo, tomó el pliego con mano trémula, rompió el sello, y encontró bajo el sobre una carta del Papa y tres Breves pontificios.

«Ahí te envió, mi querida hija, decía la carta después del encabezamiento de fórmula, á mi muy querido hijo el fidelísimo rey de Portugal don Sebastian, cuyas desgracias merecen el amparo de todo el que tenga un corazón bueno y generoso. Él va en tu busca, como el náufrago que va en busca del puerto en que espera encontrar abrigo y seguridad. Tus votos te impedían escuchar sus pretensiones, que son graves y muy importantes para la salud del sometido Portugal, y para el bien de Europa y de toda la cristiandad; por lo mismo, yo, que he recibido de Jesucristo la potestad de atar y desatar, te he absuelto de tus votos, dejándote libre, para que puedas contraer matrimonio con el rey don Sebastian, y ayudarle y ampararle como cosa propia tuya, sin cometer en ello pecado, ni ofender á Dios ni al mundo. Asimismo, como tú necesitas servidores leales para ayudar en su propósito al rey don Sebastian, he absuelto también de sus votos, para que sin ofender á Dios puedan ayudarte, á las dos monjas profesas agustinas del convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de la villa de Madrigal, doña Luisa de Grado y doña María Nieto, que según he sido informado por el maestro fray Miguel de los Santos te sirven y gozan de tu confianza. Asimismo te encargo la mayor prudencia y sigilo en



Ved lo que para vos me ha entregado nuestro santísimo padre.

este grave asunto, que es tal, que si se trasluciese, acontecerian grandes desgracias, que todos tenemos el deber de evitar. Continúa, pues, y que continúen tus dos sirvientes, siendo en la apariencia religiosas, y evitando todo lo que pudiera causar escándalo visto en una monja, y causar agravio á la buena reputacion del convento.»

—Una inmensa alegría iluminaba el semblante de doña Ana; sin acabar de leer la carta del Papa, desdobló los otros tres pliegos y los examinó.

Estaban escritos en latin y eran tres Breves que anulaban los votos de doña Ana de Austria y de las otras dos jóvenes.

V.

Doña Ana se levantó, guardó en un secreter aquellos papeles, volvió á sentarse en el camapé, y dijo á Gabriel de Espinosa y á fray Miguel con el semblante resplandeciente de alegría:

—Sentáos vos, señor, y vos tambien, padre, y perdonad si no os lo he dicho antes. La carta y los Breves de nuestro Santísimo Padre Clemente VIII me han causado tal turbacion y tal alegría, que el gozo de verme libre de unos votos que habia pronunciado contra mi voluntad, no me dejaba pensar en otra cosa.

Gabriel de Espinosa y fray Miguel se sentaron, y el primero dijo á doña Ana que le miraba con ánsia de escucharle, las siguientes palabras, ó por mejor decir, el siguiente discurso: